

EL GENERAL Y LAS MÁSCARAS GRIEGAS

El maestro Anaximandro dormía apaciblemente; junto a él se encontraba Zeus su fiel perro, con un ojo de cada color y Ares un gatuzo pardusco que ronroneaba muy a gusto.

No había amanecido cuando por la calle aparecieron tres siluetas, la central muy corpulenta, que recorrían a paso veloz los últimos metros hasta el taller de máscaras del maestro Anaximandro.

Jenarco era la silueta corpulenta, golpeó sin piedad la aldaba de la vieja puerta de olmo, Anaximandro, Zeus y Ares dieron un respingo al unísono.

El maestro se apresuró a prender la lámpara de aceite mientras Zeus y Ares se estiraban como si estuviesen en una clase de yoga, avanzó por las heladas escaleras de piedra refunfuñando: “¿Quién será el que nos molesta a estas horas?”

Al abrir la puerta la tenue luz de la lámpara reflejó la sombra de Jenarco, una profunda cicatriz recorría su cara fruto de los escarceos en el campo de batalla. Esta imagen heló la sangre de Anaximandro. Una voz fuerte tronó de aquella figura: “Maestro artesano Anaximandro, supongo”; “¿Quién pregunta por mí?”, respondió el maestro; “Necesitamos de su buen hacer”, replicó Jenarco.

“Soy Jenarco, Capitán a las órdenes del general Baquides, quien me ha encargado buscarle para mandarle la confección de 400 máscaras teatrales, al fin de representar la obra que cuente sus últimos triunfos militares escrita por Sófocles, las máscaras reflejarán tanto la sociedad civil como militar, a los vencedores y a los vencidos.

“Tiene dos meses para el encargo, maestro”, diciendo esto Jenarco, sus dos acompañantes giraron sobre sus pasos perdiéndose entre la noche.

Anaximandro no tenía elección, conocía el poder del general Baquides era un militar que nunca aceptó un “no” por respuesta, pero su pequeño taller no había realizado un pedido tan grande nunca y en ese periodo de tiempo, no sería tarea fácil. Reflexionó sobre este reto, era uno de los mejores artesanos de máscaras griegas, se apresuró a despertar a sus ayudantes en el taller, dos hermanos mellizos Esopo y Efiáltes, buenos trabajadores.

EL GENERAL Y LAS MÁSCARAS GRIEGAS

Esopo tenía una ligera cojera, fruto de una coza que un caballo le proporcionó cuando era un niño. Esta cojera le permitía fantasear con cualquier forastero que se acercase a la ciudad, contándole cómo fue herido por los persas en la batalla de Termopilas. Efiartes era un poco tartamudo, lo que le proporcionaba un gracejo especial cuando el maestro Anaximandro le hacía preguntas filosóficas. Pero los mellizos eran unos de los mejores artesanos en confección de máscaras griegas.

“Mellizos, tenemos el encargo más importante de nuestra historia como fabricantes de máscaras”, espetó Anaximandro. Decirme si seremos capaces de realizar 400 máscaras en 2 meses para el general Baquides. Do...Do...Do...Dos me...me. me. Meses”, replicó Efiartes.

Vuestras miradas os delatan, pues manos a la obra dijo Anaximandro. Debemos revisar las cantidades de cuero, madera, lino, pigmentos...

El taller entró en una actividad frenética, se trabajaba incluso de noche a la luz de las lámparas de aceite, que con las máscaras ya realizadas creaban sombras fantasmagóricas en las paredes del viejo taller, parecía que cobraban vida incluso Ares dio un respingo ante las sombras teatrales.

Atenea la fiel criada del maestro cocinó como nunca, su sobrina Casiopea era la encargada de llevar la comida al taller donde se comía y cenaba por turnos, solo se salía de él para poder dormir.

Tras 59 días de trabajo solo quedaban dar unos retoques a la máscara del general Baquides, nunca se había realizado un modelo de tan complejidad, dicha máscara se distinguía entre las otras 399 por su calidad.

Fiel a su cita Jenarco se presentó con la cuadriga y el carro, a los 60 días quedando impresionado con el trabajo realizado. Los 200 estateros de oro fueron entregados a Anaximandro quien a su vez mandó a los mellizos cargar las máscaras.

Anaximandro convocó a los mellizos, Atenea y Casiopea comunicándoles: “Nos vamos para Atenas para el estreno de la obra sobre el general Baquides”-. “Comprad las mejores sedas y perfumes; preparaos como nunca, que se note quiénes somos”. Fue un viaje inolvidable al teatro de Achaia y el éxito de las máscaras del maestro perduró durante generaciones.